



## De iglesia, a paraninfo

Texto: Felipe Molina Molina

Todos los que conocemos a Eufasio sabemos cuánto echa de menos a su hijo; desde que se fue a Londres no es el mismo. Aquí, en la taberna de Juan, todo el mundo intenta animarle. Antes era el primero en llegar a la reunión del grupo. Ahora, el primer chato ya ha caído cuando él llega.

—Buenos días —saluda Eufasio mientras se quita las gafas de sol—. ¡Uf! Entro deslumbrado por este sol cegador. Deberíamos de cambiar la hora de la tertulia, al menos durante el verano. Juan, me muero de calor, ponme una cervecita helada, anda.

—Vaya, parece que hoy vienes más animado.

—Bueno, tal vez sea porque acabo de hablar con mi hijo. Dice que ya se defiende bien con el idioma y que en el hospital no tiene problemas de comunicación. Pero a pesar de todo sé que sueña con volver. A ver, decidme, ¿de qué le ha valido estudiar cuatro años de enfermería aquí para luego no encontrar trabajo? Allí, en Londres, se ahorran el esfuerzo y el dinero de su formación y luego se llevan los beneficios. Pero bueno, no me hagáis hablar que me pongo de los nervios.

Eufasio nos dice que han hablado de muchas cosas, de lo que siempre se habla, del tiempo, de la salud, del Brexit, de la maldita pandemia. Su hijo le ha dicho que, si puede, el mes que viene le mandaría unas libras de ayuda, pero que este mes no va a poder ser. En fin, de todo eso.

—¿Le has dicho lo de la convocatoria de Narraciones Jahencianas del «Viva Jaén»?

—Ya le hablé de eso la semana pasada. Me animó a que me presentara. Dice que, mientras cavilo y escribo la narración, me distraigo y no pienso tristezas. Pero creo que no lo voy a hacer. No sabría hilvanar más de una frase. Como dice Juan, me saldría un churro.

—Eh, eh, que yo no digo eso —salta inmediatamente Juan que todo lo oye desde el mostrador—. Yo lo que digo es que

aunque te saliera un churro, sería un churro comestible —y se ríe estrepitosamente.

—Gracias por animarme, pero ¿de qué iba a hablar yo?, ¿de mis recuerdos del vetusto Jaén?, ¿a quién carajo le importa eso?... Vale, sí. Contaría mis recuerdos de cuando vivía en la calle Almendros Aguilar, y de mis años de escolar en el colegio de «la gota de leche», pero ¿con qué palabras? Solo se me ocurren frases simples y ramplonas, sin rimbombancia. Y mira que guardo con mucho cariño aquellos recuerdos. Vivíamos a medio camino entre la iglesia de La Merced y el Arco de San Lorenzo. Cuando yo tenía unos ocho o nueve años, para ir al colegio unos días bajaba por el Arco, otros días lo hacía por la calle Compañía y pasaba por la puerta del Instituto Femenino, por aquellos años también Biblioteca Pública. Ese edificio que, el 27 de abril del año 1614, inauguró la Compañía de Jesús como su convento y colegio. En el interior, lo que yo conocí como paraninfo, era su iglesia, con puerta independiente, directa a la calle. Estuvo dedicada a San Eufasio, lo cual me honra, aunque solo sea por compartir nombre. Siempre me paraba a mirar el blasón del dintel. Me inquietaba ese cordero colgante. Y el corazón enmarcado entre las columnas del Plus Ultra. ¡Pues no habré yo elucubrado sobre sus significados!... Hay otro escudo en el frontón de la fachada principal; es de Carlos III.

—Pero en 1767 los jesuitas fueron expulsados de España —dice Antonio—. ¿Quién ocupó su edificio?

—Sí, esa fue su primera expulsión. Después de ellos tengo entendido que hubo ahí unas escuelas de gramática y retórica, cosa que hoy vendría bien para que aprendieran en ellas muchos de nuestros personajes públicos actuales. «Los Reales Estudios de la Concordia» se llamaban. Así lo dice Manuel López Pérez en su libro «El viejo Jaén». También ocupó el edificio el «Monte de Piedad de Nuestra Señora



de los Dolores» y, por si fuera poco, también fue pinacoteca. Tenía lienzos de Murillo y Zurbarán que, alguien arrabó con ellos cuando la desamortización de Mendizábal.

—Y fue en 1846 cuando se convirtió en Instituto de Segunda Enseñanza —dice Perico que toma nota en su cuadernillo azul de todo lo que se habla en nuestras reuniones.

—Sí —le respondo—. Al mismo tiempo fue la Escuela Normal de Magisterio y, como he dicho antes, la Biblioteca Pública, la cual visité en más de una ocasión hasta que en 1970 cerró sus puertas.

—Recuerdo que durante unos años el edificio estuvo abandonado —dice Juan que

nunca pierde hilo de lo que hablamos, mientras nos sirve una nueva ronda de bebidas. Cerveza o chatos de vino blanco, a cada cual lo suyo—. Joder, si casi lo dejan que se venga abajo de ruinoso que estaba.

—Sí, es verdad. En aquellos años yo ya no vivía en Almendros Aguilar; nos mudamos a la calle Andrés Segovia. A pesar de eso, pasaba de vez en cuando por la puerta del viejo Instituto para echar una tarde con mi amigo «el franchute» que seguía viviendo en esa calle, aunque en verdad, a quién yo buscaba era a su hermana Fina, «la parisina», que estaba buenísima, dicho sea de paso, pero ella no me hacía ni puto caso... Bueno, vamos a lo que

vamos. El caso es que si no llega a ser porque en 1987 los municipales de entonces deciden rehabilitar el edificio para convertirlo en el Conservatorio Oficial de Música, hoy ahí tendríamos un magnífico solar con el que especular. Pero tiempo al tiempo. Ya veremos qué pasa cuando por fin construyan el nuevo Conservatorio allí abajo, por el Bulevar.

—Pues escribe eso, sería interesante.

—Sí, tal vez... Pero no. Lo dejaré para otra ocasión. No me siento con ánimos. Seguro que me saldría un churro.

Definitivamente, los que conocemos a Eufasio, notamos que no es el mismo desde que se fue su hijo.